

EN LA ORILLA DEL RÍO

Estaba sacando los aparejos de pesca cuando un estruendo enorme seguido de una violenta sacudida del terreno lo lanzó con fuerza dentro de las aguas del río. Ella paseaba por la orilla y tuvo que agarrarse con firmeza al árbol que tenía más próximo para no verse arrastrada como una muñeca de trapo. La ciudad ardía por los cuatro costados. Gritos infrahumanos y lloros desconsolados se escucharon en los primeros instantes; después, silencio. Un silencio profundo, tan solo matizado por el leve crujir del cuerpo de un dron que caía troceado sobre el puente. Después, una nube negra que extendía sus alas por los cuatro puntos cardinales y un fuerte olor a gasolina quemada que penetraba en todo el bosque con el ímpetu de un caballo salvaje.

Ella, sin dejar de darle vueltas al asunto que se había instalado en su cabeza desde el estampido, se acercó tambaleándose por la ribera. Sabía que era un experto nadador y, por tanto, creía que nada le habría sucedido. Pero no fue así. No había rastro de él, ni de la caña de pescar ni de la cesta. De repente, una segunda explosión volvió a sembrar la destrucción por aquellas tierras amables, pacíficas, donde las gentes vivían en armonía, aunque sus ideas políticas y sus valores personales fueran dispares. El ayuntamiento había sido gobernado por los diferentes partidos políticos que, aun con programas muy diferenciados, mantenían las mismas líneas básicas en los tres o cuatro aspectos cruciales. Los algoritmos de las redes sociales, a pesar de que lo intentaron con denuedo durante un largo tiempo, no lograron que sus habitantes se vieran inmersos en la provocación, la falsedad, la falta de respeto, el insulto, la intolerancia, la violencia y el odio.

Eso no podía ser, así no se podía seguir, el mundo no podía funcionar de ese modo. Solo era una pequeña ciudad, un único lugar, pero las grandes empresas multinacionales, especialmente las tecnológicas, no podían permitir que su ejemplo se extendiera a otras latitudes.

Llevaban cinco décadas aumentando, poco a poco, sus parcelas de supremacía en el mundo. Primero fue la lucha contra los sindicatos; los trabajadores vivían muy bien a costa de reducir las ganancias de las sociedades anónimas. Además, ahora ya no había que mirar hacia el Este; el otrora poderoso imperio del proletariado se había derrumbado. Había que rebajar el coste del estado del bienestar dirigido a toda la población y, por tanto, era necesario reducir los impuestos que imponía el Estado. Acabar con la socialdemocracia y la democracia cristiana. Se podía aspirar a más; los servicios públicos tenían que reducirse al mínimo para que las compañías encontraran nuevas bolsas de

riqueza. Todavía no era suficiente; las mercancías deberían globalizarse, acabar con las fronteras nacionales; eso sí que iba a ser la puntilla definitiva a la vieja política basada en el reparto de la riqueza que sería sustituida por la acumulación del capital en manos de unos pocos. La información se fue convirtiendo en una nueva mercadería de valor, un valor en alza constante. La mirada basada en las grandes masas, en el individualismo, en el consumo exacerbado, en las personas como clientes y no como ciudadanos, en la exaltación de la cultura occidental en detrimento de las otras y, en especial, del varón de tez blanca, sería difundida por agencias y cadenas que respondían a los intereses de los magnates que las financiaban. La publicidad y los sucesos a nivel mundial y en las grandes conurbaciones serían preeminentes a los acontecimientos y a las formas de vivir de las zonas menos pobladas.

Se quedó perpleja. Su pareja había desaparecido. No se dio por vencida; seguro que estaría en algún lado. Lo buscó durante un buen rato. Era increíble. Llevaban toda una vida juntos. Se habían negado a tener hijos porque el rumbo de la historia no parecía el adecuado y no querían sentirse responsables del sufrimiento de aquellos. Se sentó en la vegetación de la ribera y comenzó a llorar. Lloraba muy suavemente, de forma casi imperceptible, como si no se atreviera a gritar porque podría herir los sentimientos del desaparecido.

Se habían conocido en 1999 en Seattle, en las protestas contra la globalización. El flechazo fue tal que, aunque vivían en la capital del país, decidieron irse a vivir juntos a una urbe tranquila del norte. Se instalaron en las afueras, en una casa con algunas hectáreas laborables que adquirieron mediante una hipoteca que todavía no habían acabado de pagar.

Lloraba y pensaba. Pensaba y lloraba. La fortuna de los personajes más poderosos llegó a ser tan desproporcionada que cada uno de ellos superaba el PIB de más de la mitad de las naciones del mundo juntas. Había que dar un nuevo paso, quizá el último, el más determinante. Y lo dieron. El diálogo cayó en el olvido. Las libertades de prensa, de opinión, de expresión y de reunión quedaron seriamente dañadas. Las bombas y la liturgia de la destrucción ocuparon su lugar. En Seattle luchamos, cariño, porque esto no llegara a pasar.

Estimado lector elige un final

PRIMER FINAL

Volvió a escucharse otra detonación. Esta vez enorme, cerca del puente. Los restos del dron cayeron a dos metros de ella. Abrió los ojos por última vez y, con lágrimas en los ojos, sonrió porque ahora se iba a encontrar con él.

SEGUNDO FINAL

Todo había sido una pesadilla, un mal viaje. Había consumido una ración de setas alucinógenas. Se levantó con el cuerpo entumecido y empapado por el rocío matinal. Tardó una semana en recuperarse de la hipotermia y necesitó algunas más para superar las consecuencias que traía aparejadas la experiencia gástrica y emocional. Esto sucedió en su juventud, unos años después de haber participado en "la batalla contra la globalización".

TERCER FINAL

Se llamaba Elizabeth. Trabajaba como freelance para una corporación televisiva de los Estados Unidos de América. Se despertó en mitad de la noche totalmente desorientada y angustiada. Al día siguiente murió al lado del río Karaj, cuando corría para protegerse dentro de un refugio antiaéreo, en uno de los múltiples bombardeos con los que la operación militar "Furia Épica" castigaba a la ciudad de Teherán.

“Relatos sin sordina” (2006 -)